

PRÓLOGO A LA DECIMOCTAVA EDICIÓN

Las enfermedades transmisibles matan, mutilan y sorprenden. No solo estamos lejos de dominarlas, sino que han resurgido de manera extraordinaria en años recientes. Los microbios que las causan son dinámicos, pertinaces y están bien adaptados para aprovechar toda oportunidad de cambio y diseminación. Su importancia para la salud pública en términos de sufrimiento humano, muertes e incapacidad se amplifica por el considerable costo que le imponen al crecimiento económico y al desarrollo. Por muchas razones importantes, su control es problemático, ya sea debido a la falta de vacunas eficaces y fármacos terapéuticos, o porque los medicamentos con los que se cuenta van perdiendo su eficacia al extenderse la resistencia a los antimicrobianos.

Las enfermedades transmisibles matan a más de 14 millones de personas cada año, sobre todo en los países en desarrollo. En tales países, aproximadamente 46% de las defunciones se deben a enfermedades transmisibles, y 90% de estas defunciones pueden atribuirse a infecciones diarreicas y respiratorias agudas de la infancia, sida, tuberculosis, paludismo y sarampión.

Otras enfermedades, si bien rara vez matan, mutilan a millones de personas. Grandes poblaciones que habitan en zonas remotas de los países en desarrollo corren el riesgo de padecer enfermedades incapacitantes, como poliomielitis, lepra, filariasis linfática y oncocercosis. En el caso de estas enfermedades, al costo del sufrimiento y la incapacidad permanente se suma una doble carga económica. El gran número de personas incapacitadas de manera permanente reduce la fuerza laboral y deteriora todavía más la seguridad financiera de familias y comunidades empobrecidas de por sí, que deben afrontar la responsabilidad de la atención y del sostén económico.

Las enfermedades transmisibles también dan sorpresas, ya sea en forma de enfermedades nuevas o bien de enfermedades conocidas que se comportan de nuevas maneras. Como lo demostró tan claramente el surgimiento del síndrome respiratorio agudo grave (conocido también por su sigla en inglés SARS), todos los países son vulnerables, y las consecuencias económicas, exageradas por el miedo de la población a lo desconocido, repercuten en todo el mundo. Cuando surgen enfermedades graves y que no se comprenden bien, como el síndrome respiratorio agudo grave y la infección por el virus de Ébola, con frecuencia cobran su precio más alto entre los trabajadores de la salud, y pueden poner en entredicho la capacidad de los sistemas sanitarios para enfrentarlas. Es probable que tal situación se repita cuando surja la siguiente enfermedad nueva, cuando se presente la siguiente pandemia inevitable de influenza o tras la diseminación intencional de un agente patógeno con el propósito deliberado de causar daño.

Por todos estos motivos, el interés en la repercusión de las enfermedades transmisibles ha ido en aumento, y se han obtenido algunos resultados alentadores. La falta de acceso a vacunas y fármacos eficaces ha sido un problema de muchos años en los países en desarrollo. Iniciativas novedosas y trascendentes, como el Fondo Mundial de Lucha contra el SIDA, la Tuberculosis y el Paludismo, la Alianza Mundial para Vacunas e Inmunización y las alianzas Hacer Retroceder el Paludismo y Alto a la Tuberculosis, se han organizado para atacar a las principales enfermedades transmisibles que pueden ser mortales, y están distribuyendo los medicamentos y vacunas que tanta falta hacen. El interés de la comunidad internacional también se pone de manifiesto en las campañas, limitadas en el tiempo, para erradicar o eliminar la poliomielitis, la lepra, la filariasis linfática, la oncocercosis y otras enfermedades incapacitantes. Si bien los microbios siempre nos darán sorpresas, el desconcierto causado por el síndrome respiratorio agudo grave ha estimulado a muchos países a dar mayor prioridad a la infraestructura para proteger la salud pública. La atención de la salud a todos los niveles se verá beneficiada con ello.

Esta 18.^a edición de *El control de las enfermedades transmisibles* brinda orientación a los países en su empeño por dar mayor prioridad a la amenaza de las enfermedades transmisibles, y es una herramienta más en nuestros esfuerzos colectivos para proteger a las poblaciones del mundo de las enfermedades transmisibles, ya sean raras y exóticas o comunes y cotidianas. Ha sido un privilegio colaborar con expertos mundiales en el control de las enfermedades transmisibles durante la actualización de la obra, y ampliar la presente edición con información pertinente para los países en desarrollo. Con profunda tristeza, a mediados de enero del presente año, cuando estaba por concluir la revisión editorial, nos enteramos del fallecimiento de uno de nuestros colegas y compañeros de mucho tiempo en el consejo editorial, el Dr. Robert E. Shope. Sin lugar a dudas, Bob Shope era la máxima autoridad mundial en arbovirus, y compartía sus conocimientos con todo aquel que se lo solicitara. Sus últimos toques al capítulo sobre arbovirus de la presente edición de *El control de las enfermedades transmisibles* son un testimonio más de su vida y su amistad.

DAVID L. HEYMANN
Director Ejecutivo
Enfermedades Transmisibles
Organización Mundial de la Salud